

XIV

Los intrigantes que dentro de Manresa trataban de ganar á la tropa de línea no pudieron convencer á algunos oficiales de la ventaja que obtendrían en su carrera, pasándose á la insurrección. Estos oficiales eran hombres de honor que no se vendían por dinero, ni tampoco por las promesas de salvación eterna. Pero los conspiradores lograron sobornar á algunos y á casi todos los sargentos del regimiento de la Reina, empleando entre otros argumentos el de que la Junta de Cataluña tenía poderes secretos del Rey para sublevarse contra el mismo Rey. Al leer esta pestilente página de nuestra historia es preciso tener mucha lástima de un soberano contra quien se sublevaba una parte del reino, tomando su nombre. Pero la doblez ya proverbial del hijo de Carlos IV autorizaba este procedimiento.

Manresa tiene buena situación para una defensa. Rodéala en gran parte de su circuito el río Cardoner, y su planta es enriscada, agria y turtuosa, y pendientes sus calles. Una guarnición pundonorosa la habría defendido contra todas las bandas y somatenes que pueden erupstar las cavernas del Bruch, los bosques del Ampurdán y las grietas de la Cerdaña. Pero la guarnición, salvo la oficialidad y un puñado de soldados, sucumbió á las intrigas, no al plomo ni al fuego, y se dejó

vencer por la astuta labia del padre Vinader, religioso mínimo, y del reverendo doctor don José Quinquer, domero mayor de la Colegiata.

En la noche del 27 al 28 de Agosto penetraron de improviso las hordas apostólicas capitaneadas por Jep dels Estanys, Caragol y Pixola.

Al grito de *¡Viva la religión! ¡Mueran los negros!* que es el grito que servía entonces para la consumación de todas las hazañas populares, fueron asaltadas muchas casas y ultrajadas multitud de personas que no eran todas liberales: la mayor parte habían incurrido en el desagrado apostólico por la tolerancia de su realismo y la suavidad de su celo religioso. La ciudad fué al punto dominada por los payeses, voluntarios realistas y guerrilleros, que unían sus berridos á los de la plebe manresana ya sobornada para dar á aquel acto de civilización todo el esplendor posible.

Los pocos soldados y los veinticinco oficiales leales se resistieron en el Ayuntamiento, dando ocasión á una refriega en la cual ambas partes se batieron valerosamente. Los leales hacían fuego desde los balcones, y los insurrectos intentaron varias veces el asalto. Dios sabe á qué extremo de encarnizamiento habrían llegado aquellos hombres, si el comandante de la plaza no hubiera mandado á los suyos que se rindieran. Todo iba bien para los frailes, admirablemente; y con pocos heridos y menos muertos poseían una situa-

ción estratégica de grandísimo precio para dominar la montaña y tener en jaque á Barcelona.

Tilín y su gente sostuvieron el fuego en el Ayuntamiento al lado de la guardia negra de Jep del Estany, que mandaba la acción desde un callejón cercano. En lo más recio de ella, Tilín vió á Pixola que se metía entre el tumulto.

—¿Cómo estás aquí, sacristanillo?—exclamó el carnicero con asombro.

—Ladrón, estoy porque he venido—replicó el joven, indicándole con un gesto que se apartara.

—¿Por qué saliste de Solsona?

—Porque me dió la gana, borracho.

El furor bélico de Tilín daba á sus palabras extraordinario brío. Si Pixola en aquel instante se le pusiera delante en ademán hostil, de seguro le partiera en dos, como hacían los caballeros andantes con los endriagos y monstruos fabulosos.

Pepet habría deseado que el Ayuntamiento de Manresa fuera altísimo castillo con formidables torres y baluartes para acometerle y asaltarlo, despreciando el ardor de los defensores, y hacer allí uno de los admirables desatinos que son pasmo de los siglos; pero cuando más sublimado estaba su espíritu con esta idea, y cuando sentía en su grado más alto el delirio de la matanza y el espeluznamiento de la embriaguez marcial, vióse que los sitiados no se defendían; un pañuelo blanco se agitó en la venta, acudieron parlamen-

tarios, entró y salió un fraile llevando recados, y todo acabó.

—Cuando yo digo — murmuró Tilín, hiriendo el suelo con furibundo pié, — que ni aquí hay guerra, ni plan, ni soldados, ni idea ninguna, ni decencia, ni valor, sino una comedia indecente...

Los oficiales y soldados del Rey fueron al punto desarmados, y Jep, tomando posesión de la casa municipal, procedió á la formación de la indispensable Junta. Mientras se nombraba, los frailes y canónigos se confundían en las salas del edificio con los guerrilleros y jefes de somatén. Parecía aquello un mercado de infames ambiciones, en que la vanidad cotizaba los servicios de cada sujeto en las campañas de la intriga. Un lenguaje soez, compuesto de los vocablos más populares, sobresalía entre aquel tumulto como el espumarajo que corona las olas agitadas del mar. Sobre aquel espumarajo de dicterios, de voces de venganza, de insultos y de blasfemias, se destacaron al fin los nombres de los elegidos para componer la Junta, el padre Vinader, de la orden de mínimos; el canónigo Quinquer, el guerrillero Caragol, el médico D. Magin Pallás y el regidor San Martín.

Durante la elección, unos cuantos desalmados de la horda de Pixola invadieron la casa del gobernador, arrastraron, sacándola del lecho, donde estaba enferma, á su esposa, y ya les tenían á ambos en medio de la plaza con los ojos vendados para fusilarles, cuando

D. José Saperes (Caragol), que era el más humano de los junteros, acudió y pudo impedir un horrible crimen. Los demás atropellos no fueron de consideración. Pero gran parte del vecindario abandonó la ciudad en la mañana siguiente, buscando refugio en Barcelona.

Inútil es decir que el primer cuidado de la paternal Junta fué publicar una proclama y dar las consabidas órdenes para que todos los oficiales se presentasen, sin que se olvidara la cobranza de un año de contribución y el reclutamiento de los quintos del último reemplazo. La tradición revolucionaria fué escrupulosamente cumplida, probándose que no en vano habíamos tenido en nuestra Historia cursos completos de motines. *La santa causa del trono y del altar*, como decía la proclama de Manresa, que poco después fué quemada por la mano del verdugo, como lo fuera años antes la Constitución del 12, plagiaba ramplonamente á los demagogos de las Cabezas de San Juan.

El día después de la toma de la ciudad, Jep dels Estanys trató á Tilín con desvío, no demostrando admiración de sus dotes militares, y después de preguntarle si tenía buena letra, le puso á escribir oficios. Mucho disgustó á nuestro héroe verse en la triste condición de escribiente, pero no quiso manifestar su cólera. El mismo Jep debió conocer cuánto le mortificaba la inacción.

—Mira, Tilín—le dijo al día siguiente,—me ha hecho notar el Sr. Pallás, individuo de la Junta y médico de la ciudad, que las

calles están llenas de inmundicias, y que esto puede ser causa de enfermedades. No es natural que nuestros bravos chicos se ocupen en limpiar las calles, ¿verdad?

—Tiene razón vucencia — repuso Tilín, decidido á dejarse fusilar antes que envilecer su persona con el oficio de barrendero.

—Pues mira, Tilín, vas á hacer lo siguiente: Ya sabes que la cárcel está llena de presos. Son los liberales y toda la gentuza negra de Manresa... conozco á algunos. Esos son los que van á poner á nuestra ciudad como el mismo oro. Llévate un par de docenas de hombres armados, entra en la primer tienda donde encuentres escobas y cubos para agua, y toma tantos como sean los presos... me parece que éstos pasarán de veinte. Luégo vas á la cárcel, sacas á los negros, y á cada uno le pones en la mano su escoba y su cubo. Ellos limpiarán y tus soldados les vigilarán. Al primero que se niegue al trabajo, ó murmure de nosotros, ó pronuncie algún vocablo contra el altar y el trono, me le dejas en el sitio. No te digo más.

Ni él necesitaba más. Aquella tarde se hizo todo como lo había mandado el jefe, y las calles quedaron limpias de inmundicia. No así el corazón de los apostólicos; que cada vez se enfangaba más.

El héroe de San Salomó había de tener otros empleos y ocupaciones durante su residencia de cerca de dos meses al lado de la Excelentísima Junta Superior. Un fraile que acompañaba á Jep en calidad de jefe de di-

visión, y que tenía la audacia de escribir furibundos libelos con la horrible firma de *El padre Puñal*, quiso tomar á Tilín por ayudante. Negóse éste, y un día se trabaron de palabras. Cada cual sacó á relucir su jerarquía militar. De las palabras vinieron á las acciones, y Tilín tuvo la suerte de poder pasearse sobre las costillas de su enemigo, á quien no dejó hueso sano. El escándalo fué grande, y Pepet pasó á un calabozo, de donde le sacó días después otro fraile que le tenía grande afición. Vióse luégo maltratado por Jep dels Estanys y favorecido por Caragol; pero fué víctima de las hablillas, y una mañana Caragol le llamó simple.

Su carácter impetuoso, su afán por sobresalir y su indómita soberbia diéronle fama de discolo y revoltoso, y nadie hacía buenas migas con él. Sus mejores amigos le abandonaban, y si hubiera intentado echarse al campo con un somatén de su propia pertenencia, no habría encontrado quince hombres que le siguieran. Aquella esfera de vulgaridad y de bajeza era muy impropia para el desarrollo de su carácter despótico y soberbio, que necesitaba acción incesante y vasto campo para ejercer su dominio. Aquella guerra no era guerra, era una campaña de rencillas, de insultos, de miserias, de contiendas pequeñas, semejantes á las disputas de las verduleras. Una revolución grande y atrevida, una de esas revoluciones descaradas que atacan lo más firme en nombre de cualquier idea fija y van derechas á su objeto hasta que vencen ó

se estrellan, hubiérale sobrepuesto á la multitud, personificando en su ruda figura todas las violencias disfrazadas de justicia, la firmeza heroica y quizás todas las maldades y excesos de la pasión humana; pero en aquella sentina de intrigas frailesas tenía que hundirse necesaria y fatalmente. Era inepto para toda intriga. Capaz de los más febriles arrebatos del valor y de la audacia, en la ociosidad de la plaza ganada no era más que un pobre monaguillo.

El fraile que ya á fines de Septiembre le había sacado de la cárcel le demostraba siempre mucho cariño. Regalábale frutas y dulces de monja, pero con confites no se conquistaba el corazón inmenso del voluntario realista. Un día el padre Bernardino de Chirlot le dijo:

—Querido Armengol, si hubiera muchos hombres como tú, fácil sería dar al traste con ese fantasmón orgulloso que tiene forma humana y se llama Caragol. Yo sé que muchos religiosos verían con gusto que la actual Junta era disuelta á puntapiés y nombrada en su lugar otra de verdaderos católicos... A todas partes llega el francmasonismo.

—Padre Chirlot—dijo Tilín, ebrio de cólera,—tan canalla sería una Junta como otra, y tan bestia es Caragol como todos los demás. ¿Quiere usted sobornarme para una sedición?

—Todo sería que te dieran medios para ello replicó el fraile, acariciándose la lengua—barba rubia semejante á la cola de un caballo.

—¿Me darían dinero?

—Tal vez—dijo el capuchino con malicia.

—¿Y hombres?

—Tú los buscarías. Con dinero convertirás las piedras en hombres.

—¿Y el objeto?... ¿el fin?... ¡Ah! ¡padre Chirlot de todos los demonios, para farsa asquerosa basta ya! Váyase usted con Barrabás.

Y se retiró dejando al fraile medianamente corrido.

Al llegar al alojamiento del general en jefe, vió á éste en la puerta con las manos metidas en la faja, paseando de largo á largo.

—¡Monago!—gritó Jep dels Estanys.

Este nombre causaba á Tilín enojo violentísimo, que no se atrevía á manifestar por temor de hacerse más ridículo.

—¿Qué manda vucencia?—dijo.

—¿Por qué estás tan pálido?... ¿Te pasa algo? El demonio cargue contigo... Mira, monago, lleva mi caballo al río y dale un baño.

Pepet Armengol tomó el caballo, lo sacó de la ciudad, y al llegar al camino montó en él en pelo, y oprimiéndole los ijares con sus talones sin espuelas, lo lanzó á la carrera por el camino de Solsona. Su alma sentía inefables delicias en aquella carrera, semejante al loco desbocamiento de su fantasía. Estaba solo, corría, era libre.

XV

Llegó de noche á la ciudad y se apeó en casa de Mosén Crispí. Al día siguiente los po-

cos hombres de armas que guarnecian la ciudad le recibieron con simpatía, mostrándose dispuestos á obedecer al sedicioso, por cierta inclinación instintiva que tenían todos ellos á la anarquía.

—¿Qué órdenes tenéis?—les dijo.

—Nada más que vigilar á los pocos presos que están en el Ayuntamiento y alojar á las facciones de Aragón y Navarra que llegarán dentro de dos días.

—Pues es preciso hacer todo lo contrario—afirmó Pepet gozando extremadamente en la rebeldía,—es preciso soltar á los presos y no preparar alojamiento alguno á esa nueva canalla que ha de venir.

En la mañana del 30 de Septiembre fueron puestos en libertad los presos, siendo los primeros que vieron la luz del día D. Pedro Guimaraens y D. Jáime Servet. En cuanto al borracho de Mañas que tenía en Solsona una sombra de autoridad, harto beneficio le hacían en no ahorcarle. El vino acabaría con él.

Llenos de alarma y susto estaban los solsoneses al ver que nadie mandaba en la ciudad, porque Tilín no se dejaba ver en sitios públicos, ni cuidaba de nada, ni impedía que unos cuantos desalmados cometiesen desafueros y maldades. También las monjas se asustaron, y cuando Tilín fué á visitar á la madre abadesa por el locutorio, ésta le echó un sermón por su mala conducta. El antiguo sacristán estuvo luégo tres días sin repetir su visita, y rara vez se le veía en las calles de la ciudad.

Excusado es decir de Sor Teodora de Aransis que habiendo sentido vivísimo contento por la ausencia del dragón, se asustó mucho cuando tuvo conocimiento de su llegada.

Puesto que esta ilustre señora nos ha de ocupar bastante en el curso de la presente historia, convendrá que como complemento de las amplias noticias que se han de dar, de su vida y de su carácter, mencionemos también los objetos materiales que acompañan á la persona, sirviéndole como de marco, el que siempre ofrece más interés es la vivienda; y la vivienda de Sor Teodora es digna de preferente atención.

Desde aquel infausto día de Septiembre de 1810, cuyo recuerdo, á pesar del lento paso de los años, no se había borrado aún de la memoria de la madre Monserrat, la casa de San Salomó horriblemente profanada por los franceses, había recibido varias reparaciones; pero el ala occidental del claustro continuaba en el suelo. En la parte alta de dicha ala que estaba formada por una fila de doce celdas, había una gran solución de continuidad debida á la desaparición de cuatro celdas, de modo que quedaban cinco unidas al cuerpo central del edificio y tres aisladas en el extremo de la cruz. En la solución de continuidad subsistía parte de las paredes, el techo era nulo, las puertas estaban tapiadas, la galería de unión estaba reparada y era perfectamente practicable. Disputas y cuestiones entre las monjas sobre los fondos del con-

vento habían impedido reedificar la parte demolida, y tan sólo se habían hecho las obras de albañilería necesarias para que la destrucción no fuese á mayores. A las tres celdas que habían quedado solas al extremo del ala, dieron las madres un nombre muy propio; las llamaban *la Isla*, y en ellas habitaban dos religiosas. La tercera celda, que era muy pequeña, y casi inhabitable, servía de despensa á entrambas señoras. Una de las monjas que habitaban la Isla era Sor Teodora de Aransis. En la época de nuestra historia era la única, porque su compañera había muerto.

El monasterio constaba: de un cuerpo de edificio pegado á la iglesia, y de dos alas paralelas que partían en ángulo recto y en dirección de Sur á Norte. Separábalas el rectángulo del claustro. El centro y ala de Oriente hallábanse intactos. El ala de Occidente era la que tenía la solución de continuidad y la Isla. El claustro, que resultaba de estas tres construcciones, estaba cerrado al Norte por el piso inferior que contenía el refectorio nuevo: en el superior hallábase abierto, y un gran tejado servía de punto de unión impracticable á los extremos de las alas.

Diferentes veces dijo la madre abadesa á Sor Teodora de Aransis que mudase de habitación, para que no viviera sola en aquel apartado sitio; pero ella, sin rechazar la idea, hizo propósito de permanecer allí durante el estío, por razón de la frescura que en aquella

parte del convento se disfrutaba. La celda tenía su puerta hacia la galería del claustro, una pequeña reja al Poniente y otra grande al Norte, sobre la huerta, cuya frondosidad embelesaba el sentido en noches de verano. Desde aquellas rejas, que distaban poco de la gran tapia del convento, se veían las murallas de la ciudad, sólo separadas de éste por la tortuosa calle de los Codos, la puerta del Travesat y parte de la campiña y de las montañas.

Interiormente era la celda un lugar sosegado y delicioso por el dulce silencio que en él reinaba á causa de su alejamiento del centro del edificio. Perfecto orden reinaba allí, así como la pulcritud más refinada, no siendo la austeridad tan excesiva que convidase al ascetismo, ni tanta la pobreza que inspirase un vivo anhelo de ser santo. Por el contrario, Sor Teodora tenía en su morada varios objetos primorosos que había traído de su casa, entre los cuales descollaban algunos vasos y jarros de plata, una alacena de talla que habría honrado á cualquier museo y un tapiz, obra de sus hábiles manos, que hubiera caído maravillosamente en el gabinete de una dama del siglo. Dos ó tres pinturas del mejor gusto, algunas imágenes de madera que no lo eran tanto, tres docenas de libros, muchísimas flores contrahechas que casi competían con las verdaderas, completaban el ajuar.

Como la regla mandaba que las monjas no tuvieran cama sino un solo colchón pues-

to sobre el suelo, el lecho de Sor Teodora, como el de todas las monjas de San Salomó y el de muchas monjas que hoy existen en Madrid y provincias, era un inmenso colchón de tres piés de alto. Véase aquí cómo, interpretando la regla por la manera más ingeniosa y burlándola en realidad, convertían las monjas la mortificación en comodidad, y la pobreza en el refinamiento del bienestar.

Ciertamente convidaba á una vida regada y tranquila, tal como pueden deseársela los egoístas más empedernidos, aquel dulce retiro que tenía las ventajas del aislamiento, del silencio, de la calma unidas á las comodidades de una dorada medianía. Pocos habrá que no tengan la abnegación de ser pobres, austeros y recogidos en una cueva de tal naturaleza, donde no puede llamarse virtud el apartamiento del mundo. Había allí cierta elegancia unida al aseo más grato; había delicado olor de flores, que no sabemos si es parecido al que los beatos llaman olor de santidad.

Recogióse Sor Teodora en su apacible nido después de cerrar la puerta, no con llave ni cerrojo, porque las celdas de los conventos no tenían entonces aquellas seguridades, reputadas inútiles, sino simplemente con un picaporte, que lo mismo podía abrirse por fuera que por dentro. Encendió su lámpara, tomó un libro y se puso á leer.

Después de leer tranquilamente por espacio de media hora, se puso de rodillas y rezó con fervor y recogimiento. Ya se llevaba las

manos á la cabeza para quitarse las tccas, primera de las operaciones precursoras del acostarse, cuando sintió ruido en la puerta. Volvióse sobresaltada por no ser costumbre que ninguna monja la visitara de noche, y vió con espanto... ¡Jesús Sacramentado!... parecía un sueño increíble, pero era realidad innegable... vió á Tilín en persona, con su cuerpo uniformado, su cara morena, sus gruesos labios, sus ojos de fuego, su frente de bronce, sus cabellos duros. El sacristán guerrero mantúvose en la puerta con una especie de timidez feroz, como si ni aun su colosal osadía tuviese la fuerza suficiente para traspasar aquel umbral sagrado. Había atropellado la ley de Dios, abolido su propia conciencia, y no obstante se detenía tembloroso ante el pudor y la hermosura, cuyo imponente prestigio llenaba de confusión al miserable.

Sor Teodora no pudo gritar: cayó desfallecida en una silla, cerró los ojos y sus brazos se estiraron trémulos como para apartar un objeto terrible.

—Señora—balbució Tilín dando un paso y cerrando la puerta tras sí,—no hay que temer nada de este miserable... no vengo más que á pedir perdón, á pedir perdón, señora... este miserable...

Procurando dominarse la monja se levantó para salir y pedir socorro. Tilín la detuvo con mano de hierro, y precipitadamente le dijo:

—Si usted llama, vendrán y seré descu-

bierto, y habrá escándalo; mientras que si se calma y me oye un instante, nada más que un instante, me marcharé pronto, la dejaré tranquila para siempre, señora, para siempre.

—No quiero—dijo Sor Teodora, intentando desasirse.—Voy á llamar.

—Por Dios y la Virgen María que á mí me han desamparado, señora, óigame usted. Si usted grita me marchó, y si me voy no sabrá una cosa que le interesa mucho.

—Nada tuyo puede interesarme—exclamó ella ardiendo en ira.—Malvado, te aborrezco.

—Eso al menos es algo—murmuró Tilín con sarcástico gozo.—Yo no vengo sino á pedir perdón y á ver por última vez, por última vez á quien me aborrece.

Se dejó caer de rodillas y besó el suelo.

—Antes de privarme para siempre de ver la luz de mi vida—exclamó con voz ahogada,—he querido besar estos ladrillos. Era un deseo ardiente; no quiero morirme sin satisfacerlo. ¡Besar estos ladrillos! Es lo único que puedo alcanzar. Con poco se contenta el malvado aborrecido.

Absorta y petrificada, la de Aransis permaneció en medio de la celda con los ojos fijos en Pepet y las manos cruzadas. Los elegantes pliegues de su hábito blanco daban á aquella imponente figura belleza y majestad.

—Aquí está el hombre más infeliz del mundo—dijo Tilín, tocando los ladrillos con su frente,—aquí está el polvo más vil que Dios tiene en el mundo con forma de hombre. Vilipendiado, aborrecido de todo el mundo, sin

gloria, sin honra, sin porvenir, sin ilusión alguna, este miserable no ve ya más que tinieblas y ruínas delante de sí... ruínas y tinieblas.

—Miró después á la señora y le pareció más aplacada en su violento enojo.

—¿Y ni siquiera ha de merecer un ligero consuelo en su corazón? ¡Esto es horrible, señora! Los perros son más felices que yo. Soy criminal; pero ya que no puedo verme amado, quiero tener el único placer que me es lícito, el de verme perdonado.

—Sal de aquí al instante—dijo la madre con brío, —y te perdono.

—Saldré, señora, saldré—replicó Tilín sin levantarse del suelo.—Mi vida es el infierno. Para comprender mi estado, no imagine usted las llamas y las calderas hirvientes de que hablan los predicadores; eso no basta, eso es frío y descolorido; imagine usted la falta absoluta de esperanza y de ilusiones, la ruina completa de todo lo que edifica el espíritu... Ese es el infierno en que vivo yo. Mi único alivio será que usted me mire un rato sin ira, que me permita estar aquí, y hable conmigo... y me diga, me diga: "Tilín..."

—¡Ni un instante! Malvado sacrilego... demasiadas pruebas te doy de mi bondad, pues que te escucho.

—Un momento pequeño, señora; muy poco, muy poco tiempo...

—Nada.

—¡Estoy condenado!

--Condénate cien veces.

—¡Condenado por usted! ¡por usted! ¡por usted!

Y levantando la faz lívida hacia ella, añadió con voz ronca:

—Condenado por tí, monja que pareces hechicera.

Y se cogió su propia cabeza por los cabellos, como cogería el verdugo la del recién degollado para mostrarla al pueblo.

—¡Condenado por tí! ¡por tí!—repitió ella, —por tu execrable maldad y sacrilegio.

—Pues bien, señora, perdón, perdón, yo pido á usted perdón. Pero démelo sin ira, sin enfado, sin repugnancia, con aquella voz dulce y angelical con que me hablaba en mi niñez, con aquel mirar tiernísimo y aquel trato seductor que era mi encanto en tiempos mejores.

—Te perdono, márchate, y no vuelvas más aquí... Huye de mí, demonio del infierno.

La religiosa se cubrió el rostro con maestras de horror, y estremecimientos nerviosos sacudieron su cuerpo.

—¡Ni un momento siquiera!—murmuró Tilín apretándose el corazón.

Miró á la monja y la monja le miró á él. Grande fué la sorpresa de Sor Teodora al ver lágrimas en las atezadas mejillas de aquel hombre que tanto se parecía á un volcán por tener el centro de fuego y el exterior de piedra.

—Te perdono—dijo la madre con lástima, pero siempre con el mismo terror.—Vete, vete, te digo que te vayas. Infame bandido

que has escalado los muros de esta santa casa, huye de aquí, ¿no temes la maldición de Dios?

—¡Dios!... ¡Dios!... ¿Para qué hablar tanto de él? Mi Dios es otro. Si usted me permite estar un poco más, y contemplarla y referirle mis penas... mis penas que son grandes, atroces...

—No permito nada.

Tilín dió un suspiro y se levantó. Su semblante desconcertado y contraído parecía el semblante de un reo de muerte momentos antes de subir al patíbulo.

—¡Mal rayo!—exclamó con desesperación—¡que el mundo sea así y no de otro modo! ¡Que existan estas paredes y estos votos, y estas rejas horribles!

Revolvió los ojos con fiereza por la estancia.

—Adiós, señora—dijo en tono y con ademanes de loco.

Sor Teodora le señaló la puerta.

Acercóse Tilín á la monja, retrocedió ella. Acercándose él más y bajando la voz, le dijo:

—Antes de llegar los dos al otro mundo, nos veremos. Adiós.

Cuando él salió de la celda, Sor Teodora dió algunos pasos para observar por dónde iba; pero faltáronle las fuerzas, consumidas en aquel cuarto de hora de angustias infinitas, y sintiéndose acometida de un desmayo, se dejó caer de hinojos, apoyó la frente en la silla y perdió por un instante el conocimiento y el uso de sus claros sentidos.

XVI

Poco duró el síncope á la ilustre dama, y al reponerse, su primer cuidado fué correr á observar qué camino tomaba el dragón. Pero ni por la puerta de la celda, ni por la reja abierta al Sur, sobre el emparrado y frente al palomar, divisó forma humana. Teodora, al dar por terminadas inútilmente sus observaciones, supuso que Tilín había entrado por la sacristía.

—Ese bribón—pensó,—se ha quedado esta tarde dentro de la iglesia, ó en algún rincón de la sacristía. Al avanzar la noche salió de su agujero, como los ratones que van á hacer sus correrías, y ahora se ha metido en él otra vez... Pero yo he de descubrir el escondite y he de armar una ratonera para enseñar á ese desalmado á jugar con el honor de respetables mujeres consagradas á Dios.

Como la puerta no tenía cerrojo, puso tras ella todos los muebles que pudo cargar; más ni aun con tal barricada quedó la señora tranquila, y rebeldes sus ojos al sueño, no podían apartar de sí la imagen fiera del voluntario realista. Acostóse rendida, y no logrando hallar sosiego ni calmar la fiebre que el insomnio le producía, levantóse y se puso á leer. Pronto advirtió que su atención se distraía del piadoso asunto del libro, corriendo hacia otros pensamientos, y atormentándose con un descarriado giro alrededor de